

El estandarte quemado

En una aciaga tarde, última de las fiestas de un año que no se olvidará, una comparsa perdió su estandarte, quemado en la última batalla de la fé, cuando hacia las postreras descargas en despedida y honor de la Santísima Virgen de Gracia.

Este estandarte, mutilado por el fuego, que tengo a la vista, me sugiere estas líneas ya que lo considero un símbolo en torno al cual, un pueblo que terminaba sus fiestas alegre, eufórico y entusiasta, se agrupó al verse envuelto inesperadamente por la tragedia.

Terminaban los solemnes actos de la tarde, el clarín anunció que ya la Santísima Virgen, entraba en su morada, los vivas de la multitud atronaban el espacio, las músicas mezclaban sus alegres notas con la algarabía de los gritos, las descargas de despedida de las comparsas atronaban el espacio y se presenciaba en estos últimos momentos de las fiestas un espectáculo realmente inenarrable.

Las comparsas ponían toda su fé en este acto único, en que un pueblo enfervorizado dice adiós a su patrona.

De pronto, un enorme fogonazo, seguido de varias explosiones, cubrió con una densa humareda el sector donde la comparsa de Mirenos hacia las salvas de despedida.



Propio para un romance, protagonista mutilado, el estandarte recuerda y testimonia una fecha luctuosa en los viejos anales de la Villa.

Gritos de dolor, carreras y espanto, hicieron ver la magnitud de la tragedia, algo fatal e imprevisible sucedió que hizo explotar la pólvora de algunas cajas produciendo quemaduras graves a varias personas.

Todos los presentes sin excepción rivalizaron en los primeros auxilios de las víctimas, los médicos presentes se multiplicaron y atendieron como pudieron a los heridos, dando disposiciones que evitaron muchos males.

Los sacerdotes, las autoridades y otras personas que disponían de coches tomaron acuerdos tajantes resolviendo sin demora el rápido traslado de los afectados al Sanatorio de Santa Cristina de Albacete.

Gracias a estas previsoras órdenes, dos horas más tarde, en un verdadero record los trece heridos estaban perfectamente atendidos en el mencionado Sanatorio.

Lástima grande, que a pesar de todas estas previsiones, de que los médicos de Caudete atendieron en los primeros momentos a los heridos y de que no se perdió un solo minuto en el traslado, Dios quiso que se pagara tributo de vidas en dos inocentes criaturas que llamó para El, llenando de consternación a sus familiares y al pueblo entero, que los lloró como hijos suyos.

Caudete, al sentir en su carne el zarpazo de la tragedia, se despojó de su traje diario de pequeñas pasiones, agravios y rencillas y sacando de lo profundo de su corazón el traje de gala de la caridad y del amor al prójimo, se agrupó como una piña alrededor de sus autoridades y de su inolvidable Párroco y dió el ejemplo más sublime que un pueblo puede dar, cuando en su alma anidan sentimientos profundos; de fé y solidaridad ante la desgracia ajena.

Todo lo ofreció, todo lo dió, lo que pudo y más sin tasa ni medida no solo en auxilios materiales con ser estos importantísimos, sino lo que más se estima y aprecia, el sentirse de verdad unidos a todas aquellas familias que padecían en su carne la desgracia, dándoles consuelo ánimos y esperanzas, estando pendientes minuto a minuto del estado de las víctimas, por todos los medios.

El proceder del pueblo en aquellos aciagos días, bien puede ser ejemplo vivo para las futuras generaciones, ya que su conducta no es posible mejorarla pues procedió como si las víctimas hubiesen sido hijos de su propia carne.

Un pueblo que así procede, es inmortal.